

FORO sobre Nuevo Periodismo

INTRODUCCION DE REDACCION

El Colegio Nacional de Periodistas (CNP) a través de la Seccional del Distrito Federal realiza, entre el 14 y 25 de abril de 1980, una serie de coloquios para tratar un conjunto de temas relacionados con las nuevas prácticas del periodismo. Allí no sólo se trató y habló del Nuevo Periodismo sino también de otros aspectos de la profesión, pero que en el fondo estaban dirigidos a realzar, favorable o desfavorablemente, las "nuevas" concepciones del periodismo que han empezado a circundar nuestro medio. De ese conjunto de conferencias hemos seleccionado tres por estar más cerca del tema del boletín. Son ellas: 1.- El Nuevo Periodismo, de Tomás Eloy Martínez; 2.- El Periodismo Interpretativo en Venezuela, de Federico Alvares y 3.- Empresas, Periodista y Nuevo Periodismo, de Carlos Rangel. Los trabajos que ofrecemos constituyen una transcripción de la conferencia de cada uno de los autores y corregidos por ellos mismos y las mismas fueron facilitadas por el CNP/DF.

1.- El Nuevo Periodismo.



 TOMAS ELOY MARTINEZ

No voy a incurrir en la demasía o en el lugar común de enumerar como sucede siempre con las segundas partes en qué puntos coincido con el profesor Juan Páez Avila. Estoy resuelto a ser fastidioso les echaré el cuento tal como lo pensé antes de venir aquí. Quisiera empezar con una afirmación un tanto drástica: **el nuevo periodismo de verdad existe** sólo como la transfiguración de una ambición profesional que siempre estuvo presente en todo aquel que quería comunicarse a través de la palabra, en un medio de comunicación.

¿Cuáles son las razones por las cuales existe el nuevo periodismo?. Surge en estos tiempos, a partir de los años 60, como respuesta a la instantaneidad informativa de la radio y la televisión. En las décadas anteriores cuando se estaba gestando y consolidando el periodismo tradicional, el profesional tenía todo el tiempo posible para investigar sus noticias, elaborarlas y comunicarlas: no tenía competencia inmediata. La aparición de la radio primero y de la televisión después plantean un desafío ante el lector. El lector puede oír o puede ver la realidad antes de que le sea comunicada a través de la palabra. La realidad está allí, y no hay palabra que pueda vencer a la visión ni a la audición del hecho directo.

La palabra debe entonces imaginar un nuevo recurso para competir con la instantaneidad. Ese nuevo recurso es el uso mismo de la palabra, el derecho a transfigurar la palabra en un arma enriquecedora y un instrumento de comunicación más profundo con el lector.

El nuevo periodismo nace también como respuesta a la uniformidad de la escritura, impuesta por los empresarios de la información desde la etapa de la creación de las agencias y desde la invención del mito de la objetividad.

A comienzos de siglo nace la cadena Hearst en los Estados Unidos y cuando comienzan a brotar las primeras agencias de información, el periodista se ve entonces compelido a informar de acuerdo con un código determinado, una de cuyas claves fue la llamada **pirámide invertida**. Era imperativo, en toda información, colocar primero el lead después el cuerpo de la información y finalmente la cola. No es ocioso repetir aquí el sentido que tenía esa pirámide invertida: cuando la información llegaba a las mesas de trabajo de los medios, los editores podían cortar en cualquier punto, puesto que las frases estaban ordenadas de tal manera que donde quiera se cortase la información se podía tener una visión global de esa información. Eso, por supuesto, convenía a las agencias, pero no convenía en modo alguno a la información considerada como un todo. Pero la pirámide invertida hizo carrera, prosperó y fue adoptada como dogma en muchísimos medios de información. La objetividad era también una manera de minimizar al periodista mediante el anonimato y hacer prevalecer el criterio de la empresa por encima del criterio del periodista.

El nuevo periodismo es el primer giro impuesto **desde el individuo y no desde la empresa** al periodismo tradicional. El nuevo periodismo nace como una propuesta individual del periodista y de ningún modo es una propuesta empresarial. Nace como una imposición del propio periodista para defender, para preservar su identidad cultural, su identidad personal y su ideología mediante la manifestación libre de esa identidad. Cuantas veces ustedes encuentren ejemplos de relación entre la expresión libre de un periodista y la empresa descubrirán que, a la larga o a la corta, esos intereses —los del individuo y los de la empresa— entran en colisión.

Vamos a ver algunas manifestaciones del nuevo periodismo. La frase nuevo periodismo es una simple nomenclatura. Ya el profesor Páez Avila señaló que se aplica por comodidad, para designar este fenómeno con el que nos hemos encontrado a partir de la década del 60. Se gesta, al parecer, a partir del título del libro de Tom Wolfe, pero hay ejemplos de nuevo periodismo, ciertos, serios, idénticos a los de ahora, ya a finales del siglo XVII. Inclusive, en **El Diario del Año de la Peste** de Daniel Defoe, ejemplo excepcional de narración que contiene el relato prolijo de una información, la aplicación de la cultura y de la identidad personal del narrador a la revelación de un hecho determinado, y además todas las referencias sociales, económicas y políticas, sobre la peste bubónica que asoló a Londres.

También hay ejemplos notables en forma de libelo, la mayoría de ellos en las obras de Jonathan Swift: **Los escritos de Bickerstaff**, o **Instrucciones a los criados** o **Modesta proposición**.

Hoy pues un periodismo que va brotando lentamente, que se ve transfigurado a partir de las necesidades que la propia realidad y las propias leyes de la comunicación van imponiendo al periodista.

Lo que se entiende por **nuevo periodismo** es una ruptura de las fronteras convencionales entre periodismo y literatura para permitir la libre manifestación de la escritura, la ruptura de los

dogmas impuestos desde arriba al individuo.

En el siglo XIX, por ejemplo, la manifestación de ese nuevo periodismo se dá ante todo en la literatura.

Una manifestación notable son las grandes novelas publicadas en forma de folletín, que requerían investigaciones históricas minuciosas y tendían a describir la realidad como una totalidad. Este periodismo-novela suplía la ausencia de registros fotográficos en aquella época y su validez como testimonio es tal que los retratos del siglo XIX de que hoy se disponen son ante todo las novelas de Balzac o de Dickens. En Balzac, por ejemplo, el estudio sobre el comercio y la banca de París hacia 1840 es un excelente reportaje titulado "**Apogeo y quiebra de César**". Biotteau— La vida literaria, y las manifestaciones cotidianas de la vida literaria, encuentran un retrato prodigioso en —**Las ilusiones perdidas**—, Las relaciones familiares se describen con minucia en **Eugenia Grandet** y en **Lepère Goriot**. También en las novelas de Charles Dickens —hay un análisis muy pormenorizado de la realidad, un mundo lleno de datos, al describir los bajos fondos de Londres y del desamparo juvenil en **Oliver Twist**, o las opresiones de la enseñanza inglesa y la sordidez de los internados en Nicholas Nickleby y León Tolstoi, para describir la batalla de Sebastopol, estuvo investigando hasta el color de la grama: dos meses en el lugar del combate. Los novelistas, pues, publicaban en periódicos los retratos de su tiempo, y a la vez, hacían literatura. Ocurre que las fronteras entre los géneros son muy frágiles, y de ningún modo yo quisiera resignarme al dogma de calificar como novela o periodismo una obra como —**A sangre fría**— de Truman Capote. Al editar su último libro, —**La carción del verdugo**— Norman Mailer se vió obligado a subtitularlo "Una novela de la vida real" por razones de mercado, cuando en verdad el libro es un prodigioso trabajo de investigación estrictamente periodístico, consumado con el auxilio de decenas de investigadores laterales, más de 200 horas de grabación, la versión y transcripción de diálogos con el protagonista Gary Gilmore. Todo ese trabajo fue procesado, reelaborado, reorganizado, y lo que Mailer hizo es imponer su propia visión de la realidad, su propia escritura tersa, un trabajo que es esencialmente periodismo.

En el siglo XX, la prensa organizó al fin sobre bases industriales. Balzac, Dickens y Dostoiéwski desaparecen de la escena y son suplantados por entidades industriales. Con la prensa organizada industrialmente, surgen los periodistas a sueldo fijo. Los grandes escritores dejan de padecer la angustia del trabajo a destajo. Pero el periodista empieza a convertirse en instrumento servil de una ideología ajena, la del empresario, y como con frecuencia su propia ideología —la del periodista— está en colisión con la del empresario, acepta el anonimato como una forma de preservar su integridad personal, de disfrazar detrás del reportaje sin firma para ser él quien es. Los hechos, poco a poco, empiezan a ser narrados desde afuera como si el ojo que ve no fuera humano. La objetividad se fué quebrando a través del mero ordenamiento de la información o de calificaciones caprichosas de las partes en conflicto. Por ejemplo, durante la era del macartismo, la mayoría de las agencias calificaba como comunistas a los directores y escritores de cine que figuraban en las listas negras del senador Mac Carthy.

La objetividad se fue quebrando, pues. Ustedes saben que al colocar determinado hecho delante de otros hechos, se le confiere mayor relieve. Bajo la apariencia de objetividad se refleja así la subjetividad del empresario y la ideología de la empresa.

Al calificar las dos partes en conflicto, los editores solían presentar como objetivos hechos que mediante el simple expediente del uso cotidiano respondían más bien a su propia subjetividad. El nuevo periodismo pretende establecer en definitiva el derecho del periodista a ser el responsable de la organización de su información y a aplicar a la información su propia mirada, con todo lo que eso implica.

Al contemplar un hecho determinado nunca dos seres humanos lo ven de la misma manera ni extraen de él idénticas conclusiones. En la medida en que cada uno de nosotros tiene una carga cultural determinada, una ideología determinada que difiere de la del otro, vemos las cosas de diversa manera. Aprehendemos la realidad de esta manera puesto que somos como somos, tenemos derecho a mirar la realidad y a comunicar esta realidad de acuerdo con lo que cada uno de nosotros es. Obviamente, hay una serie de elementos que corresponden, más que al territorio de la ética, al territorio de la profesión propiamente dicha: una serie de elementos que exigen del periodista responsabilidad, intensificación de su caudal cultural, intensificación de su tarea de investigación. Pero eso es parte de la formación profesional.

Otro fenómeno es el de la aplicación de esta formación cultural a la comunicación de la rea-

lidad. El periodista tiene que entender esa realidad con toda la carga de lo que él mismo es, tanto en el orden cultural e ideológico como en el profesional. De otra manera, renunciaría a la dignidad de la persona y a la dignidad de la profesión.

Es injusto sostener que el nuevo periodismo se manifiesta predominantemente en tal o cual medio y no se manifiesta en modo alguno en otro medio. En todos los medios hay periodistas con conciencia precisa de la dignidad de su profesión y de sus propios derechos intelectuales, como para imponer su personalidad por sobre los dogmas de la empresa.

Uno de los aportes centrales del nuevo periodismo consiste en el manejo virtuoso del instrumento, que es la palabra. Si la herramienta del periodismo no fuera la palabra, no habría que cuidarla con tanto esmero, con tanta dedicación en la intención y en la calidad de la organización de las frases. En la abundancia de la investigación está también involucrado el cuidado de la herramienta esencial, que es la palabra, y su organización dentro de un texto. Es decir que se dignifica el texto periodístico imponiéndole el mismo cuidado que un escritor impone a su obra literaria. Ambos, escritor y periodista, son escritores, ambos emplean la misma herramienta. ¿Por qué no aplicar entonces el mismo cuidado a un texto literario que a un texto periodístico?

Al mismo tiempo que el mito de la objetividad, ha sucumbido también el mito de las fronteras entre los géneros. Juan Páez Avila citaba los reportajes de Gabriel García Márquez, que fueron concebidos originalmente para la prensa y son hoy examinados como material literario. A la vez, ciertos fragmentos de **Cien años de soledad**, como el ascenso en cuerpo y alma al cielo de Remedios la Bella, pueden ser leídos más como poemas que como narración.

Se aduce con frecuencia que la celeridad del trabajo, —de los diarios en particular— impide el cuidado de la calidad de los textos, y que el periodista convencional o tradicional está obligado a informar sin posibilidad de mayores elaboraciones. Eso ha derivado en algunos casos en que la mayoría de las muestras válidas del nuevo periodismo estén más en las revistas que en los diarios. Hay excelentes ejemplos, sobre todo en las revistas norteamericanas como **Esquire** y **Rolling Stones**, pero también hay diarios admirablemente cuidados como **The Village Voice**, que creó Norman Mailer hace dos décadas.

Pero esa premura que el periodista aduce en la mayoría de los casos como justificación, es solamente eso: una justificación. En el ejercicio cotidiano del instrumento, en la necesidad de organizar la información de una manera diversa, en escribir como se habla, está la clave de la buena escritura. El uso correcto del idioma, el uso afinado de la herramienta de que cada uno de nosotros dispone, el uso elegante del lenguaje no puede ser en modo alguno acusado de elitismo. Quién diría, por ejemplo, que es elitista Cervantes, cuando para saber cómo hablaba la gente de fines del siglo XVI y comienzos del siglo XVII es hoy preciso acudir a Cervantes para rescatar con el oído lo que Cervantes impuso mediante la escritura.

Mediante esa justificación —la premura del tiempo—, el periodista respeta más las reglas del juego de las empresas que sus propias, personales, individuales, culturales, reglas del juego.

Un gran reportaje en verdad requiere tiempo, recursos de investigación, cuidado en la escritura; a través de un largo trabajo, en la mayoría de los periódicos norteamericanos, los periodistas han reivindicado para sí el derecho a tener el tiempo suficiente para entregar textos de calidad todos los días, para preservar su firma, para distinguir la calidad de su firma, para expresarse abierta y libremente tal como ellos son.

De allí que ustedes encuentren que en **The New York Times** un crítico teatral gana exactamente lo mismo que un periodista de batalla, pese a que escribe sólo 6,8/ ó - 10 cuartillas a la semana, de acuerdo con la abundancia de la temporada teatral. Pero su salario está igualmente justificado porque para escribir dos cuartillas cada día ha tenido que trabajar una enorme cantidad de horas diariamente, viendo ensayos, hablando con gente, leyendo textos teatrales, discutiendo doctrinas teatrales. Un periodista necesita imponer lo que él tiene dentro de sí como fuerza cultural, como visión del mundo.

Este, pues, es un combate entre el derecho del periodista a dignificar la profesión y el derecho de las empresas al lucro.

Si una empresa ofrece al periodista el tiempo y los recursos que éste necesita, su trabajo se afirmará. En definitiva, es éste el secreto del nuevo periodismo: el derecho que todo profesional tiene a exponer y a expresar lo mejor de sí en un medio de comunicación, porque en la medida en que más defienda su propia identidad, su propia cultura, y la calidad de su trabajo, tanto más será invencible y tanto más digno será.

2.- El Periodismo Interpretativo

 FEDERICO ALVAREZ



En mi libro **La Información Contemporánea**, señalé que varios periodistas hicieron periodismo interpretativo en Venezuela, mucho antes de que se hablara de los lineamientos teóricos de esta disciplina. Repetimos aquí la misma experiencia que se ha vivido en otras latitudes, porque siempre la vida antecede a la teoría en el planteamiento de los problemas y en el desarrollo de los procesos que darán origen a la reflexión teórica.

No menciono en esas páginas ni nombres ni casos concretos que le den fundamento empírico a mi afirmación. El objetivo específico de esa obra no era el tratamiento del periodismo interpretativo en el país, sino la exposición de doctrinas, teorías y técnicas muy mal conocidas entre nosotros a pesar de que han sido trajinadas por más de sesenta años en las redacciones y en las aulas del extranjero. Creo que, con este foro, se presenta la oportunidad de mencionar algunos nombres y algunos ejemplos que complementen a los ya citados por Germán Carías en su exposición.

Conviene advertir que son trabajos que me vienen a la memoria por la vía de lo vivencial, cosas que leí hace muchos años y que hoy, repensándolas a la luz de estudios y meditaciones, revelan ingredientes, modos o estilos que consideramos propios del periodismo interpretativo.

No podría decir que fue el primero, pero sí uno de los que más me impresionó. Se titulaba "La Chusma de Gaitán" y lo escribió Miguel Otero Silva a raíz del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, el líder populista colombiano, y de las convulsiones políticas que las agencias cablegráficas identificaron con el nombre de "Bogotazo". Es un reportaje emotivo que, a diferencia de los despachos de la UPI y de la AP, buscaba ir más allá de los episodios violentos protagonizados por las masas —incendios, saqueos, escaramuzas— para hurgar en las estructuras económicas y de clase, en la muy peculiar conformación del liderazgo colombiano y aun en las profundidades de la tradición religiosa sabiamente cultivada en el pueblo por las élites dirigentes, una explicación de aquel estallido dramático y, para muchos, inesperado.

Pero, además del manejo de los antecedentes que servían para iluminar una realidad actual, podíamos advertir allí también lo que ahora denominamos elementos de contexto, definitorios del tratamiento interpretativo. Otero Silva no se limita a señalar el asombro de las delegaciones extranjeras que entonces —1948— se encontraban en Bogotá para gestar la creación de la Organización de Estados Americanos (OEA), sino que enmarca todo aquello en la atmósfera de la naciente Guerra Fría, signo que distinguiría de allí en adelante la situación internacional, y el

surgimiento de la llamada posteriormente "Internacional de las Espadas", cadena de dictaduras que caracterizarían la escena latinoamericana de los años cincuenta.

En resumen, el reportaje presentaba un análisis en profundidad del problema político colombiano del momento, enriquecido con factores esclarecedores del pasado y ubicados en su justo sitio mediante su inserción en el marco de la política continental y mundial de aquellos años. Justamente, lo que postula la interpretación: convocar a los antecedentes y al contexto para la explicación cabal del presente. Superar la visión inmediatista, esclava del hecho aislado y del presentismo a ultranza, que rige el trabajo del periodismo objetivo.

Recuerdo también de esa época una serie de trabajos que escribió Arístides Bastidas con el seudónimo de Arbas. Se examina en ellos problemas concretos de la Venezuela de los años cuarenta; la pervivencia del latifundio, la erosión implacable que algunas enfermedades — paludismo, tuberculosis — producían en la población venezolana. Advertíamos allí, quienes aún buscábamos cancha para nuestras inquietudes en los estrechos escenarios de los liceos provincianos, algo más que la retórica tradicional que, todavía hoy, colorea este tipo de reportajes. Había indagación en la realidad del país, en la composición de clases, en la muy injusta distribución del ingreso, en la durísima explotación que dominaba en el trabajo de las haciendas, en fin, en la estructura general de un pueblo semi-rural que no superaba las limitaciones heredadas del gomecismo. Se buscaba una explicación de los males sociales, no la simple descripción de los mismos.

En otros campos, cabría registrar las notas que, ya en los tiempos de Pérez Jiménez, enviaba desde París Luis Esteban Rey con el seudónimo de Luis Alvarez Portal. El lector venezolano de la época podía asomarse allí a la compleja urdimbre de la política internacional y al vértigo permanente de la amenaza atómica suspendida noche y día sobre la humanidad como manifestación insoslayable de la guerra de clases a escala internacional que había asumido el enfrentamiento entre el capitalismo y el socialismo. Se trataba de análisis agudos y fluidos, a la vez, que adelantaban para los lectores venezolanos un estilo periodístico que, posteriormente, se hizo muy familiar entre nosotros: El estilo **Le Monde**.

En el mismo sentido, podríamos hablar de la efímera experiencia de la revista **Signo**, intento realizado por periodistas e intelectuales de oposición a la dictadura, bajo la dirección de Humberto Bártoli. Que yo sepa, es la primera publicación venezolana que ensaya los esquemas consolidados por la revista **Time** en los años veinte norteamericanos: formato, tratamiento de la información, distribución de materiales, etc. Destacan, además de la impresión de conjunto, los intencionados trabajos de Ramón J. Velásquez sobre personajes de la política venezolana, una manera un tanto "swiftiana" de referirse a la actualidad política recurriendo a elementos del pasado.

Insisto en que las consideraciones que he expuesto esta noche tienen como único soporte las vivencias que he conservado de un período en que, si bien ya ejercía la profesión como medio de vida en **El Diario** de Carora, predominaba en mí la condición de lector por encima de cualquier otra consideración. Una investigación más detenida, realizada desde luego con los instrumentos de que disponemos hoy para el análisis periodístico, arrojaría a lo mejor otros resultados. Pero por algo estos trabajos perduran en la memoria y se reavivan al conjuro de meditaciones teóricas que antes no eran posibles. Sospecho, incluso, que con posterioridad a la época que he indicado se produjeron otras manifestaciones que completarían este cuadro meramente ilustrativo. Pero, lamentablemente, estuve ausente del país durante siete años y estoy trabajando a base de lecturas vividas.

DE LA CALLE AL AULA

A partir de 1958, especialmente en el decenio de los 60, el rasgo significativo es la incorporación del Periodismo Interpretativo en los programas de enseñanza universitaria. Quienes estudiamos en el exterior, tuvimos la oportunidad de cursar esta disciplina cuando apenas se insinuaba tímidamente por las escasas grietas que dejaban los gruesos muros de la "objetividad" imperante. De más está decir que en las redacciones chilenas —cuento solamente lo que he vivido— se tomaba esta experiencia como una debilidad de reportero viejo y cansado, con esa displicencia condescendiente de quien se siente con Dios agarrado por la chiva.

— ¡Buscar el por qué!. Eso es lo que deseáramos todos, si fuera tan fácil encontrarlo.

Así lo dijo una vez el jefe de redacción del órgano en que trabajaba. Lo mismo ha sonado

cansonamente en mis oídos durante años aquí en Venezuela.

Para nuestra escuela no era fácil, antes de 1958, hacer ningún tipo de experimento. Mucho costó reabrir la, después del cierre decretado por la dictadura en 1952. La misma enseñanza del periodismo informativo, en forma sistemática, sólo fue posible en la etapa de reorganización que dirigió Héctor Mujica. Precisar teorías y géneros, decantar técnicas, desastrar las informaciones de los manuales del peso exclusivo de la "objetividad", fue tarea que llevó años. Era necesario presentar ante los alumnos la contrapartida del periodismo "objetivo" sin salirse de los linderos de unos programas concebidos bajo el imperio de esa doctrina. Fue así como sistemáticamente los atributos, los elementos y los factores de la noticia. Fue así, también, como comenzamos a trabajar con conceptos tales como el papel de la percepción cultural y de la importancia de los procesos sobre los hechos aislados. Eran los años 1962 y 1963.

Justamente entonces, 1963, propuse la incorporación de un conjunto de puntos programáticos en Informativo IV con la idea de proporcionar al alumno una visión panorámica, eminentemente informativa, de esa nueva para nosotros modalidad de hacer periodismo, conocida en el mundo desde hacía 40 años con el nombre de periodismo interpretativo. Este fue el primer intento realizado en el país. La consolidación del mismo ocurrió en 1970, cuando pudimos independizar la materia en el nuevo plan de estudios impulsado por el llamado Movimiento de Renovación Universitaria. Fue una experiencia vinculada a las concepciones del catedrático norteamericano Curtis Mac Dougall, según están expuestas en su libro **Interpretative Reporting**, cuya traducción al castellano no se ha producido aún, no obstante que la primera edición data de 1938. Conviene agregar, en honor a la justicia histórica y a la honradez académica, que no fue una influencia directa, sino intermediada por las enseñanzas recibidas en la Universidad de Chile del profesor Mario Planet Rojas.

Ya para entonces, había comenzado a funcionar el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina (Ciespal), con sede en Quito. El periodismo interpretativo fue incluido en los planes de estudio de este instituto, auspiciado entonces por la OEA y la Unesco. Allí lo sorbió Ignacio de la Cruz, quien lo incorporó a la enseñanza de la Escuela de Periodismo de la Universidad del Zulia, orientando sus preocupaciones fundamentalmente hacia la funcionalidad e infuncionalidad de la información contemporánea.

Por último, la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello también acogió la nueva disciplina, en la forma y con las orientaciones que ha señalado esta noche Germán Carías.

De este modo, el decenio de los 60 registra el inicio y asentamiento definitivo de la enseñanza universitaria del periodismo interpretativo. Las orientaciones y los hombres han ido variando, de acuerdo con las influencias y las forman de concebir este tratamiento informativo. Hoy lo conocemos como Periodismo Interpretativo en la Central y en el Zulia. En la Católica se ha llamado sucesivamente Periodismo de Profundidad y Periodismo de Investigación, denominaciones que ha usado Carías y de las cuales nos ocupamos más adelante.

La respuesta de profesionales y editores a estos esfuerzos universitarios fue simple: indiferencia y recelo. Las universidades nacionales vivían entonces una etapa difícil, de cerco y acechanza permanentes. Empresarios y periodistas veteranos veían en cada muchacho egresado de las aulas universitarias un guerrillero presto a cambiar la máquina por una metralleta. El conflicto **El Nacional-Sears** había traumatizado profundamente al gremio y los escasos editores liberales, alejándolos de toda experimentación, por inocente que pareciese. De allí que el entusiasmo que el periodismo interpretativo despertaba en las aulas, por representar una manera distinta y más integral de trabajar la información, se apagaba calladamente ante los imperativos de la realidad.

No quiere esto decir, sin embargo, que haya habido una ausencia total del ejercicio práctico de la interpretación en las páginas de la prensa venezolana de esos años. Periodistas y escritores que habían vivido su exilio en México se impregnaron allá de las técnicas y el espíritu del tratamiento interpretativo y lo cultivaron aquí con el nombre de **Informes**, con el cual lo designan. Sin embargo, este tipo de trabajos fue escaseando más y más, en la medida en que la represión desatada por los gobiernos de Betancourt y Leoni fueron haciendo casi imposible la libertad de información para algunos sectores de la sociedad venezolana y sobre algunos temas conflictivos.

La interpretación se refugió en las precarias publicaciones de oposición, que he llamado marginales no porque sean editadas por grupos marginados, ni en poblaciones del cinturón de mi-

sería, sino simplemente para distinguirlas de las empresariales. El semanario **Que Pasa en Venezuela**, el quincenario **Deslinda**, la revista **Cambio** conservan en sus páginas reportajes y notas analíticas sobre la situación nacional e internacional concebidas según las técnicas de la interpretación. En el semanario **Reto**, de corta duración, mantuvo la sección internacional. Y en la revista **Summa** tuvo oportunidad de publicar reportajes sobre problemas económicos del país y enfoques de la actualidad latinoamericana.

La gran prensa, entre tanto, se limitaba a reproducir trabajos de periodistas norteamericanos y europeos, tomados de **The New York Times**, **Le Monde** o **The Economist**. Con lo cual presentaba puntos de referencia para los lectores y, sobre todo, para el trabajo docente. Esta tendencia se afianza en el decenio de los 70, con la organización de secciones internacionales más completas y orgánicas que las de antaño, con la designación por parte de algunos diarios de corresponsales propios en el exterior y con el estímulo a los redactores para que analicen los acontecimientos internacionales.

La década se cierra con un hecho realmente significativo en la historia del periodismo venezolano: la aparición de **El Diario de Caracas**. Más allá de las pintorescas controversias que esta publicación ha suscitado, sobre todo entre periodistas jóvenes, este tabloide plantea tres definiciones que lo diferencian de inmediato en el universo del periodismo empresarial venezolano: 1) Presenta a sus lectores una política editorial confesa, declarada, que se concreta diariamente en un editorial sobre los problemas vitales del momento. Este afán de claridad ante los lectores había desaparecido de la prensa venezolana hace ya bastante tiempo, como testimonio del poderoso influjo del llamado periodismo objetivo. 2) Incorpora al diarismo local las técnicas y el estilo que ya habían caracterizado a las revistas sureñas - **Ercilla**, **Primera Plana** - introduciendo un soplo de frescura en un ambiente informativo demasiado esquemático y rígido. Que esto, para atender a ciertas solicitaciones de la moda, se halla presentado como nuevo periodismo es harina de otro costal. Lo importante, a mi juicio, es el cambio y la alternativa que él ha representado para el lector. 3) Es la primera publicación que asume en Venezuela el compromiso deliberado y manifiesto de hacer periodismo interpretativo, con lo cual rompió un tabú empresarial.

Comparto la opinión de Carías, en el sentido de que tanto los trabajos de los diarios tradicionales como los de **El Diario de Caracas** se resienten de opinión redaccional —como la llama Lester Markel— y de falta de reporterismo. Hay en ellos demasiado trabajo de gabinete. Con lo cual sólo quiero decir que no se debe confundir el periodismo interpretativo con el periodismo de opinión, en modo alguno que condene el ejercicio del periodismo de opinión por parte de los periodistas. Sin embargo, es una apertura, es un comienzo. La década de los sesenta cierra con perspectivas más halagüeñas para el periodismo interpretativo que la década anterior. Los subterfugios persisten, como lo demuestran las declaraciones de algunos jefes de noticieros de televisión, cuando dicen que ellos desean que, además de la información factual, el redactor agregue una reflexión sobre los hechos.

¿CUALES SON LOS OBSTACULOS?

Da la impresión, entonces, de que las condiciones están ya maduras en Venezuela para el cultivo abierto e intensivo del periodismo interpretativo. Han egresado ya 8 ó 9 promociones de las escuelas de Comunicación Social que han recibido una formación básica en esta disciplina. Los medios de comunicación social asoman la intención de buscar algo distinto al llamado periodismo objetivo. La reacción del público ante experiencias como la de **El Diario de Caracas** es demostrativa de que el lector se había conformado con un tipo de información infuncional, escasamente útil para ayudarnos a comprender el mundo en que vivimos, porque sencillamente no tenía acceso a otra, circunstancia que es especialmente válida para los jóvenes. La complejidad de la vida venezolana del presente, los problemas que derivan de nuestra inserción como país en el contexto conflictivo del mundo contemporáneo, las interrogantes que nos plantea el futuro, están exigiendo de los periodistas una presentación de los hechos que vaya más allá de los esquematismos simplistas y de las falsas neutralidades que son propios del periodismo "objetivo".

Pero admitir esto no significa que hayan desaparecido los obstáculos. Todo lo contrario. Ahora comenzarán a aparecer problemas y dificultades que antes no existían porque, sencilla-

mente, no se ejercía la interpretación.

El primero de ellos, tal como los señalamos en la **Información Contemporánea** y lo ha recordado Carías esta noche, es el que deriva de la propia palabra interpretación. Al igual que el vocablo objetividad, éste está lleno de resonancias serránicas que lo han venido impregnando debido al uso que de la interpretación han hecho diversas disciplinas científicas. De nada nos sirve, la respuesta, eminentemente denotativa que nos da el diccionario, cuando indica que se trata de la explicación del sentido de las cosas. Para hacer esto, podemos acudir —sin trascender nuestro campo— a muchos otros géneros tales como el editorial, el artículo y aun la crónica. No puede ser el rasgo distintivo del periodismo interpretativo.

La interpretación es un tratamiento informativo, un método para indagar en la realidad y para presentarla a los lectores con todo el complejo de causalidades y de relaciones contextuales que le dan significación. De allí que las respuestas básicas que buscamos en el periodismo interpretativo sean las que corresponden a las preguntas por qué y para qué, al contrario del periodismo "objetivo" que se finca en los qué y en los quiénes de los acontecimientos. La interpretación implica, además, una jerarquización de los hechos de acuerdo con su interés público y con su significación social, y no según la inmediatez que nos separe de ellos. Entrañar, así mismo, la percepción de los sucesos como procesos y no como hechos aislados, y desde luego el reconocimiento paladino de que la percepción del periodista es de carácter social y cultural, es decir, que está mediatizada por todos los contenidos de conciencia que ha ido adquiriendo como ser histórico que pertenece a una sociedad y a un tiempo determinado.

Como estamos entre entendidos —profesionales y estudiantes del periodismo—, no creo necesario ahondar más en explicaciones que, por lo demás, han sido largamente tratadas en **La Información Contemporánea**. Cabría preguntarse, si son tantas las dificultades que derivan del término interpretación, ¿por qué no acogerse a otra denominación?. Han sido propuestas las de periodismo de profundidad y periodismo de investigación. Hay varias razones:

La tradición histórica juega en favor de la denominación periodismo interpretativo. Edwin Emery recuerda, en su obra **El Periodismo en los Estados Unidos**, que la denominación periodismo en profundidad fue un simple subterfugio creado por los reporteros norteamericanos para burlar las reservas que los editores tenían contra la interpretación. De allí que, cuando ese factor dejó de existir, también desapareció la necesidad de cubrirse con un nombre que, en la intimidad de la jerga redaccional, no se utilizaba. Vino luego la publicación del libro de Curtis Mac Dougall, **Interpretative Reporting**, y de los artículos de Frank Luther Mott y de otros universitarios, a reafirmar un nombre que, si no satisface plenamente, ha tenido suerte en el mundo de las redacciones y de las aulas universitarias. En lengua española, tanto las facultades de Ciencias de la Información de España, como Ciespal y la mayoría de las escuelas latinoamericanas, han adoptado la denominación periodismo interpretativo.

Por otra parte, las denominaciones periodismo de profundidad o periodismo de investigación no resuelven el problema de enmarcar con precisión el contenido del tratamiento interpretativo. Todo periodismo que se respete, no solamente el interpretativo, procura alcanzar profundidad. Del mismo modo, la investigación es un recurso obligatorio para todo trabajo periodístico, aunque sea evidente que en la interpretación alcanza su plenitud.

Una confusión que no deriva propiamente de dificultades semánticas, sino de la falta de conocimiento preciso de las técnicas interpretativas, es la que se manifiesta entre los trabajos interpretativos y los trabajos de opinión. Es frecuente que se califique de periodismo interpretativo lo que no es más que un artículo o, para decirlo en cierta jerga muy de moda, un comentario. Esta confusión, que supone la eliminación del reporte y la reducción del trabajo interpretativo a las servidumbres del gabinete ha encontrado consagración en algunos textos de cateóricos españoles que llaman géneros interpretativos al editorial, al artículo y a otras manifestaciones del periodismo de opinión. Nadie va a discutir que en todo trabajo de opinión hay interpretación, pero ésta no es la finalidad específica del periodismo de opinión y, en cambio, si lo es del periodismo interpretativo.

El asunto se ha complicado con la introducción del término **análisis**, popularizado por los despachos de las agencias noticiosas internacionales, trabajos que a veces constituyen verdaderos aciertos interpretativos, pero en otras oportunidades no pasan de ser simples opiniones, al estilo de los columnistas norteamericanos tradicionales. El análisis es, por supuesto, una parte esencial en el tratamiento interpretativo. Nos sirve para seleccionar y jerarquizar los elementos

que hayamos encontrado en la investigación. Pero el análisis es una etapa de descomposición de los hechos en sus componentes más simples, un proceso de desmenuzamiento, a partir del cual inventaremos una nueva organización, una estructura distinta, una síntesis.

Otro factor que ha influido de manera negativa en la percepción del periodismo interpretativo tanto en las redacciones como en las esferas empresariales, es cierta imagen distorsionada que se tiene de esta disciplina profesional desde el punto de vista político. Como sus primeros propagandistas en el país fueron profesores y alumnos de la Universidad Central, en años de aguda pugna ideológica; y como, además, su enseñanza y aprendizaje supone una crítica drástica del periodismo "objetivo", oficialmente adoptado por las empresas, se deriva de allí que se trata de una tendencia profesional de carácter izquierdista, extremista.

En realidad, no hay tal. Se trata de un tratamiento informativo, de un método, de una manera de enfocar los hechos. Si el periodista que lo hace es de izquierda, naturalmente reflejará esos ingredientes subjetivos, aunque no haya la intención deliberada de hacerlo. De igual modo, si el periodista es de derecha, sus trabajos interpretativos están coloreados por tales contenidos de conciencia. De hecho, las publicaciones norteamericanas que crearon y desarrollaron este tipo de información —**Time**, **Newsweek**, **The Wall Street Journal**, **U.S. News and World Report**— son órganos profundamente conservadores. Los periodistas del mundo socialista, en cambio consideran que la interpretación es un nuevo intento del imperialismo para sobreponer el individualismo a lo social en el tratamiento de los hechos, como lo registro en **La Información Contemporánea**.

Quizás sea esta falsa apreciación una de las causas de que los editores hayan rechazado siempre al periodismo interpretativo. Como Carías ha puesto énfasis especial en este punto, me limitaré a agregar que, además del prejuicio político, hay otros elementos que explican la conducta de los editores: la falta de competencia real de los medios audiovisuales en el terreno informativo ha permitido la supervivencia de una técnica y un estilo de informar absolutamente superados en otras latitudes. Cuando los empresarios se vean compelidos a competir y a defender su negocio, como ocurrirá tarde o temprano, terminarán sus reservas. Entenderán, entonces, que la interpretación también da dividendos.

Por lo pronto, el editor Gustavo Carmona, Director del diario **El Impulso** de Barquisimeto, sostenía ante periodistas larenses que está dispuesto a admitir trabajos interpretativos cuando sean tales y no opinión disfrazada. Llamamos la atención sobre este problema, porque nos permite entrar en otra dimensión del asunto que estamos tratando.

PERSPECTIVAS

En el inventario de obstáculos que hemos realizado, no hemos encontrado ninguno que sea insalvable. Es más, creemos que ha llegado la hora de empezar a reflexionar seriamente en la forma de superarlos, no sólo porque se están creando las condiciones generales que permiten el cultivo de la interpretación, sino porque la introducción de nuevas tecnologías en la industria periodística impone a los profesionales de la información un replanteamiento de sus condiciones de trabajo y de sus relaciones con empresarios y lectores.

El porvenir del periodismo interpretativo en nuestro medio dependerá, de ahora en adelante, del periodista mismo. En la medida en que sea capaz de comprender el mundo que lo rodea, podrá elaborar trabajos convincentes y útiles, que tengan valor funcional para el público. Pero esto no es tan sencillo. Supone una formación muy completa y actualizada, que le permita seguir sin extravíos las violentas mutaciones del mundo contemporáneo. El periodista debe asumir la función de proveedor de claves para la comprensión de la conflictiva actualidad cotidiana, debe proporcionar a su público herramientas eficientes para que pueda moverse en una realidad compleja y peligrosa. Solamente eso lo convertirá en un profesional con sentido de servicio público.

Para lograr esto, se plantea la necesidad de la especialización. Nadie puede hoy aspirar a entender su entorno de una manera total. Cuando más, podemos lograr el dominio de parcelas cada vez más restringidas del conocimiento humano. He allí, pues, una tarea para las escuelas universitarias, en su ya largo esfuerzo por desarrollar la interpretación. Se hace indispensable abrir cursos de postgrado en los niveles de actualización y de especialización. Ambos son necesarios. El mundo de la comunicación cambia vertiginosamente, como corresponde a un mundo en plena creación, y necesitamos seguir el avance de teorías y hallazgos empíricos mediante el estudio

permanente. Pero, al mismo tiempo, estamos urgidos de profundizar en algunas áreas vitales. En Venezuela se echa de menos la formación de especialistas en información económica, judicial, científica, cultural, internacional.

Toca también a las universidades desarrollar la experiencia en el trabajo de equipo. Hemos sido formados en un ambiente de individualismo cerrado, por cuanto la empresa capitalista estimula la competencia, el afán de éxito individual, el vedetismo. Y no hay duda de que gran parte de los problemas de nuestro tiempo, sobre los cuales debe informar el periodista, revisten una complejidad tal que imponen la cobertura colectiva, el trabajo en equipo, para alcanzar un tratamiento exhaustivo. El trabajo de las redacciones requerirá, en lo adelante, de planificación, de distribución de tareas, de contribuciones sectoriales y de una concepción global que integre y dé sentido a los hallazgos de la investigación de los grupos profesionales. Los medios europeos y norteamericanos lo han hecho con resultados óptimos. Carías ha realizado, con sus alumnos, algunos reportajes colectivos. Nosotros hemos iniciado en este semestre un taller sobre las políticas económicas del gobierno, que ha ofrecido hasta ahora motivos más que suficientes para trabajar con optimismo esta clase de ensayo. Y es que el periodismo interpretativo, lejos de exarcarbar el individualismo, impone por sus exigencias de profundización y por la amplitud de áreas que abarca el trabajo en equipo.

Otra conquista tecnológica que, después de haber demostrado su eficacia en esferas diversas de la actividad humana, penetra también vigorosamente en las redacciones son los servicios de información y documentación. Presenciamos en **Le Monde** cómo existe una vinculación directa entre la redacción y este servicio en aras del trabajo interpretativo. La busca de un dato que lleve horas o días, realizadas de manera individual, sólo significa para el redactor una espera de tres a diez minutos. De esa forma, antecedentes de los sucesos, elementos del contexto en que ellos ocurren, datos significativos de un problema determinado, fluyen prontamente hacia las mesas de redacción con la oportunidad exigida en la información de nuestros días. Recursos de este tipo son indispensables para hacer posible la información interpretada en los diarios y en los noticieros de los medios audiovisuales.

Quiero aclarar que estoy hablando de un servicio de información y documentación, no de un archivo. No deseo que salga de aquí alguien a decir, lo que no tendría nada de extraño, que Federico Alvarez dijo en la Casa del Periodista que los diarios en Venezuela no tienen archivos.

Por último, he de referirme a un área completamente virgen para la interpretación, cuyo cultivo es indispensable en un país con las características culturales del nuestro. Me refiero a los medios audiovisuales. Se admite, como un axioma, que la radio y la televisión no son aptos para el periodismo interpretativo porque en ellos la abstracción, la difusión de ideas, los mensajes que se fundamentan en la exposición como recurso estilístico, no se ajustan a sus posibilidades técnicas, ni a las modalidades de atención de sus públicos. De hecho, la única experiencia conocida entre nosotros la realizó, de manera fallida, Osar Yáñez cuando era Jefe de Prensa de Venezuela.

Sin embargo, la experiencia de otros países demuestra que sí es posible llevar mensajes interpretativos por radio y televisión. Y, además, la historia nos dice que el esquema del mensaje interpretativo tiene una estrecha semejanza con el documental cinematográfico. Los problemas que presentan los medios audiovisuales son diferentes a los de la prensa, y quizás más agudos, pero son susceptibles de superación exitosa.

Frente a las dificultades, se erige una necesidad de enorme envergadura. Nuestro pueblo está afectado por un analfabetismo que sobrepasa el 20 por ciento de la población. Más de un quinto de los venezolanos está al margen de la información y de la comprensión de los fenómenos que, de una manera u otra, habrán de influir en su comportamiento y en sus decisiones. Son seres que carecen de las más elementales posibilidades para entender lo que pasa en su país y en el mundo. Pero, al mismo tiempo, está obligado por los mecanismos propios del sistema político que nos rige a participar en decisiones cruciales, es al mismo tiempo objeto y sujeto de actos trascendentales. ¿Con qué cuenta para orientarse a la hora de actuar?

El periodismo objetivo que le llega por la radio y la televisión, pues no tiene acceso a los diarios, de nada le sirve, como no sea para llenar su cerebro de dudas e interrogantes, que aumentan su angustia y sus inhibiciones. De allí que, casi siempre, sea una víctima de la propaganda de las clases dominantes o de los marcos de referencia que el status ha colocado a su alrededor. Esta es gente que necesita, más que nadie, claves para entender el mundo, ayuda para poder asumir papeles conscientes en la sociedad. Sin un paso como éste, ninguna democracia puede

ufanarse de ser real y consistente. Lo prueban así las numerosas dictaduras que hoy dominan en países que hasta ayer nomás creyeron en las bondades de una información que no alcanzó a llenar este vacío. Si la gente que puede acudir a una biblioteca, o a otros medios de consulta, requiere del periodismo interpretativo, mucho más necesario es éste para el analfabeto.

Con estas cuatro tareas por delante, hay suficiente ocupación en los años futuros para la interpretación en Venezuela. Todo depende de nosotros, los periodistas.

3.- El Empresario, el Periodista y el Nuevo Periodismo



 **CARLOS RANGEL**

Muy buenas noches colegas todos, ya graduados o estudiantes. Antes que nada quiero agradecer al Colegio Nacional de Periodistas y al coordinador Díaz Rangel por la amabilidad que han tenido en invitarme a participar en este Foro y sobre todo en la noche inaugural.

El tema específico es la participación de los periodistas en la orientación de los medios. Yo quisiera hacer algunas reflexiones previas a ese tema específico de la participación institucional de los periodistas, por ley, por contrato, por estatutos o inclusive por copropiedad de las empresas, en la política de los medios donde trabajamos. No debemos perder de vista que hay normalmente, aún en ausencia de esas condiciones que yo acabo de enumerar, una participación nuestra en la orientación de los medios que yo calificaría de natural y que otros podrían quizás calificar de inevitable. Una influencia de nosotros los periodistas profesionales que procede de la imposibilidad de controlar nadie por completo una empresa moderna. De esto no se habla mucho porque a los dueños de los medios no les interesa, no les conviene que se suponga que ellos no controlan los medios que poseen de manera absoluta. Tampoco los directores de los medios, que a veces son periodistas profesionales y a veces no, admiten fácilmente o con agrado, el hecho de que su control del medio que dirigen está lejos de ser total. Por nuestra parte los periodistas profesionales no andamos por allí proclamando que los límites de nuestra influencia en los medios sean menos estrechos de lo que se supone. Hay cierta coquetería nuestra en decir que estamos prácticamente inermes frente a los propietarios y a los directores.

La esencia del problema planteado tiene que ver con la manera como tradicionalmente se ha determinado la orientación y el contenido de los medios de comunicación, y tiene que ver también con la aspiración hoy prácticamente universal de nuestro gremio a modificar en favor nuestro, de los periodistas profesionales, la distribución del poder de decidir en esa orientación de los medios y en ese contenido de los medios.

Ahora bien, si queremos reformar cualquier poder, en este caso el poder de influir en la orientación y en el contenido de los medios, es conveniente, yo diría más, es indispensable si no queremos actuar en forma contraproducente, si no queremos lograr o lo contrario de lo que nos proponemos o algo distinto, determinar en primer lugar quién ejerce ese poder, por qué vías y en qué formas. En el caso de los medios de comunicación es realmente superficial sostener que en ellos ejercen poder únicamente los propietarios y los anunciantes como se afirma usualmente. En una sociedad abierta la orientación de los medios de comunicación la comparten en la práctica tres categorías de factores de gentes. En primer lugar los que poseen o pueden buscar y encontrar información que interese a la gente. En segundo lugar quienes pueden difundir esa información, publicar esa información o rechazarla y en tercer lugar quienes jerarquizan, ya dentro de los medios, la información que va a difundirse. Si reflexionamos un momento sobre estas tres categorías de factores, nos daremos cuenta enseguida que los propietarios, y de otra manera también los anunciantes, tienen un poder considerable aunque de ninguna manera absoluto en la 2da. de esas áreas: el poder de publicar o rechazar informaciones. Pero ese poder de los propietarios y de los anunciantes es mucho menor y con frecuencia casi nulo en las otras dos áreas: en la primera área de la búsqueda, de la investigación el descubrimiento de informaciones esenciales: y en la tercera área, la de la jerarquización de estas informaciones en los medios.

Dentro de un régimen de competencia entre medios cuya prosperidad e influencia dependen de la circulación o de la audiencia, quien posea ciertas informaciones o sepa buscarlas, y en primer lugar desde luego los periodistas profesionales cuya actividad es esa, casi seguramente en contrará a algún empresario de la comunicación que ponga de lado toda reticencia y toda solidaridad de clase para aprovecharse de las ventajas que le producirá el lanzamiento exclusivo de esa información. Esto lo vemos ocurrir a menudo. Y si vamos a la tercera área, a la de la jerarquización de las noticias, nos vamos a encontrar con que allí los propietarios y con más razón los anunciantes ejercen un poder reducido, esporádico y errático. A veces pueden intervenir de una manera muy eficaz y hasta brutal, pero esa intervención no es de todos los momentos. En la práctica somos los periodistas profesionales quienes en la mayoría de los casos, día a día, en la elaboración de los medios tenemos mayor influencia, tenemos mayor poder, en esta tercera área de la jerarquización de la noticia.

De modo que al hacer el análisis de cómo se distribuye la capacidad de decisión en la orientación de los medios, nos encontraremos que hay una manera que podríamos calificar como dije el principio de natural o de inevitable, en la que, quiéranlo o no los propietarios, los periodistas profesionales tenemos una importante participación en el contenido y en la orientación de los medios donde trabajamos.

He hecho estas consideraciones previas porque es muy importante que en la aspiración legítima y necesaria que tenemos o que debemos tener los periodistas profesionales a participar en el contenido y en la orientación de los medios donde trabajamos, hay que avanzar con los ojos muy abiertos y con el entendimiento muy claro, para que no nos vaya suceder que cambiemos morrocotas por locha como se dice en Venezuela, tal como les ocurrió a los periodistas del Perú.

Vayamos ahora al tema mismo, que es el de la participación institucional de los periodistas por ley, o bien por contrato, o bien por estatutos de la empresa o inclusive por copropiedad de las empresas, en la orientación y en la política de los medios donde trabajamos. Se trata esta participación institucional (y no de aquella "natural" de que hablé antes) de una tendencia que se definió en Francia, en primer lugar, a raíz de la terminación de la Segunda Guerra Mundial y de la liberación de Francia.

Con la derrota de Francia en 1940 y con la ocupación nazi los propietarios de los medios franceses, de los diarios y de los semanarios, se encontraron en una posición muy incómoda, que casi ninguno de ellos supo afrontar con dignidad. Casi sin excepción se comprometieron con los ocupantes, de manera que al terminar la guerra el gobierno del general De Gaulle les retiró a estos señores la propiedad de los títulos de los diarios, les confiscó las maquinarias, y repartió

estos títulos y estas maquinarias entre organizaciones de resistentes. Los diarios que existen en Francia en 1944, 1945, son diarios formados por grupos de resistentes a quienes les son asignadas las maquinarias y los títulos que algunas veces ni siquiera desearon, por ejemplo el diario que se llamaba El Tiempo fue sustituido por el diario que se llama El Mundo, **Le Monde**.

En poco tiempo, debido a carencias de gestión de estas especies de cooperativas, la mayor parte de estos diarios entre los cuales estaba el famoso **Combat** que dirigió Albert Camus, se encontraron en déficit y fracasaron a pesar de las ventajas que al comienzo el gobierno francés les había dado. Pero hay un caso de un éxito sensacional que es el caso de **Le Monde**. **Le Monde** logró prosperar, logró convertirse en un diario de una enorme influencia que aun conserva. En 1951, tiempo de plena guerra fría, ciertas publicaciones de **Le Monde**, cierta línea editorial dió lugar a una presión muy severa contra su director Hubert Beuve-Méry. Se pretendió desplazarlo de la dirección del diario. Esto produjo una reacción por parte de los redactores, que amenazaron con una huelga y que lograron con esa amenaza de huelga, no solamente mantener al director del diario sino en un proceso que sería prolijo relatar obtener el 28% de las acciones de la empresa.

Para tomar posesión de esas acciones los redactores de **Le Monde** crearon una llamada Sociedad de Redactores de **Le Monde**, sociedad que hoy en día, si se incluye la parte que es propiedad de los Gerentes, de los administradores, pasa de la mitad del total del capital social. De modo que **Le Monde** ha llegado a ser una verdadera cooperativa en autogestión.

A partir de ese hecho tan importante, importante por sí mismo e importante porque ocurría en el diario más importante de Francia y en uno de los más importantes del mundo se desarrolló una reflexión teórica sobre este asunto de la participación de los redactores en la orientación de los medios. Uno de los protagonistas del movimiento en Le Monde llamado Jean Schwoebel publicó en el año 68 un libro que se llama **La Prensa, El Poder y el Dinero**, en donde están expresadas las reivindicaciones de participación de los periodistas en la política de los medios. Por otra parte **Le Monde** explícitamente se convirtió en el abanderado de esto para toda la prensa francesa y desde entonces ha apoyado todo movimiento de este tipo en los demás medios.

Algunos de estos puntos de esta doctrina sobre la participación de los redactores en la orientación de los medios son los siguientes: por ejemplo el derecho a veto sobre el nombramiento del Director y eventualmente también del Jefe de redacción del medio, sobre todo cuando un medio cambia de propietario; pasó, en Francia por lo menos, el momento cuando esto daba lugar simplemente al nombramiento de nuevo director, sin consulta o sin tomar en cuenta la opinión de los redactores.

Otra punto sería la formación de sociedades de redactores según el ejemplo de **Le Monde** y la cesión a esas sociedades o la compra por ellas de una parte de las acciones suficiente para bloquear en una asamblea de accionistas cualquier decisión con la cual el personal de redacción no esté de acuerdo; por ejemplo si la mayoría requerida para estas decisiones es como ocurre muchas veces en las compañías anónimas, un 66%, según Schwoebel en ese libro que les señala antes, la sociedad de redactores debería poseer no menos del 35% de las acciones para poder bloquear cualquier decisión que no les complazca.

Otro punto sería o es la exigencia de un Estatuto laboral privilegiado para los redactores, para los empleados del medio que son periodistas, quienes según Schwoebel deben tener inamovilidad laboral virtualmente.

Un cuarto punto sería la prohibición a los propietarios, pero eventualmente al Director y al Jefe de Redacción aún nombrados por redactores o electos por ellos, de modificar los textos entregados por los redactores. En otros casos los planteamientos se hacen a la inversa y se sostiene que ningún director, jefe de redacción o propietario puede asignarle a un redactor un tema y un enfoque de ese tema que sean contrarios a las convicciones del redactor.

Y en último lugar, en esta síntesis de puntos importantes, está latente la aspiración, por lo menos en algunos de los que sostienen estos puntos de vista, a convertir los medios en cooperativas, preferiblemente autosuficientes, capaces de generar sus recursos y hasta de ganar dinero y capitalizarlo; pero en el peor de los casos bajo el amparo y el subsidio del estado.

Ese movimiento que comenzó en **Le Monde** en 1951 se ha extendido al conjunto de la prensa francesa, aunque debemos decir que ninguna otra sociedad de redactores ha logrado virtual control de un medio, como sí ocurrió en **Le Monde**. Hubo por ejemplo en Le Figaro un conflic-

to muy sonado, que duró cinco años, a la muerte del Director por muchos años de ese Diario, Pierre Brisson, entre el personal de redacción y el dueño del diario, el dueño del Figaro llamado Jean Prouvost, un empresario de prensa por cierto muy brillante, el creador de **Paris Match**, sobre quién debía ser el sustituto de Brisson. Esa controversia duró cinco años y terminó con una transacción.

También en Alemania ha habido casos, notablemente el de la revista **Stern**. En 1969, el mayor accionista de **Stern** quien tenía el 40% de las acciones, intentó vender sus acciones al mejor postor, pero la redacción le hizo una huelga para obligarlo a vender a los otros accionistas, cosa que ocurrió, y los otros accionistas, un poco en respuesta a esa presión en su favor que habían hecho a los redactores, instituyeron un comité de redacción de siete miembros de la redacción electos por el personal de redacción en su conjunto, del cual se requieren cuatro votos— cuatro de los siete— para cambiar al Director o al jefe de la redacción de la revista y en **Stern** esta establecido lo que antes mencioné: que ninguno de los redactores de **Stern** está obligado a escribir en contradicción con sus convicciones. También el personal de **Stern** adquirió en esa coyuntura el derecho a aprobar los cambios o vetar los cambios en la propiedad de la Empresa.

En Italia hubo casos, en Dinamarca. En Gran Bretaña el más reciente cambio de director de una revista socialista muy célebre llamada *The New Statesman* se encontró con la exigencia, que fue satisfecha, de que la redacción participara en la selección del nuevo Director. Hasta en los Estados Unidos, que es el reducto de los derechos de los propietarios, ha habido casos en que un cambio de Director o de Jefe de redacción dispuesto por los propietarios ha encontrado resistencia exitosa de los redactores.

Está claro, pues, que se trata de una tendencia general allí donde los medios son de propiedad privada. Adicionalmente conviene observar que esa tendencia que se sitúa dentro de una corriente más amplia todavía, que es la reivindicación en nuestro tiempo de la llamada congestión por parte de los empleados de todas las empresas.

Es natural que esa exigencia de la congestión se haya manifestado más temprano y con más vigor en los medios en que en otro tipo de empresa, por ser los periodistas trabajadores intelectuales, con una conciencia política y una estima de su propia opinión superior al promedio; y también porque los desacuerdos eventuales entre el personal y los propietarios de otro tipo de empresa no suelen ser ideológicos ni conceptuales. Un poco paradójicamente, a pesar de ser los periodistas trabajadores intelectuales (o tal vez a causa de ello) la teoría sobre cómo debe lograrse esa participación y cómo debe ejercerse es todavía un poco deshilachada, no está bien esclarecida aún. No contempla, por ejemplo, no lo he encontrado yo en mis lecturas sobre el tema, la inevitable exigencia del personal “no intelectual” distinto a la redacción, que existe y que no está ni sordo, ni ciego, ni mudo, de participar en igualdad de condiciones con los redactores. Es decir que existe potencialmente una especie de enfrentamiento bastante perjudicial entre los redactores y el resto del personal de los medios, quienes se van a considerar con tanto derecho como los redactores a tener algo que decir en la orientación de lo que es también su empresa.

Se supone también y esto es una suposición quizá apresurada, que los redactores, habiendo formado una sociedad de redactores, podrán ponerse de acuerdo entre sí para presentar un frente unido a los propietarios o simplemente para tomar alguna decisión cuando esta les incumbe. Pues bien, muy recientemente vimos el caso de la Sociedad de Redactores de **Le Monde** justamente, que se reunió para nombrar un sucesor al Director Jacques Fauvet a quien le tocó retirarse en un año o dos, y en varias votaciones no pudieron ponerse de acuerdo. Se formaron cuatro facciones sumamente motivadas y casi virulentas unas contra otras y no fue posible que un grupo pequeño de gente muy civilizada y muy intelectual pudiera ponerse de acuerdo sobre el Director que les conviene. Tienen tomada cita para otro intento, pero quedaron un poco magullados ante la opinión pública por ese fracaso que por supuesto creó gran atención, despertó gran atención en Francia; fue objeto de informaciones de primeras páginas o de repuntes centrales en todos los demás medios y no redundó en el prestigio de este sistema de elegir al Director.

También creo que se subestima el hecho de que no sólo los medios, sino cualquier empresa humana donde participe un grupo numeroso, mayor de tres personas digamos, necesita antes que nada una conducción firme y legítima. Sobran ejemplos de proyectos humanos que se han desenvuelto perfectamente mediante la autoridad autocrática ejercida verticalmente y legítima-

da por la coacción o por alguna otra de las distintas maneras en que este tipo de autoridad puede letitimarse. Existen también, cosa que nos da esperanza, no sólo para la prensa sino para la vida social en general, ejemplos menos numerosos, históricamente más recientes, de proyectos que se han desenvuelto apropiadamente de manera exitosa mediante la participación de la colectividad que los encarna, pero con la condición de que los mecanismos que determinan el liderazgo, que fundamentan el liderazgo y la legitimidad, sean de tal naturaleza que ese liderazgo una vez electo sea respetado y sea tenido por legítimo.

De lo que no hay ejemplo en la historia es de proyectos exitosos, de cualquier índole, donde no exista el liderazgo o bien impuesto o bien aceptado. Por eso me parece a mí incongruente que una sociedad de redactores exija el derecho a elegir al Director del medio y el Jefe de Redacción y a la vez el derecho de no hacerles caso, y en algunos casos la cuestión se plantea de esa manera.

Por último, ya para concluir, en el espíritu que anima a por lo menos algunos de los que promueven esta idea tan atractiva, tan noble y tan justa, de la participación de los redactores, de los periodistas profesionales en la política de los medios, en el espíritu de algún sector de quienes enarbolan esta consigna, está por desgracia presente, no tanto la idea de lograr un nuevo equilibrio en la manera de orientar los medios dando mayor influencia institucional a los periodistas, sino de usar esta consigna y esta bandera para avanzar hacia la abolición de la propiedad privada de todos los medios de comunicación que existen en la sociedad. Y allí francamente se pisa un terreno distinto y muy riesgoso, lleno de artistas, porque por esa vía los periodistas estaríamos contribuyendo a la estatización de la información, que fue (aunque, claro, el caso no es exactamente un buen ejemplo, porque se fundamentaba de otra manera, pero se puede traer a colación) lo que ocurrió en el Perú, donde los periodistas le dieron a una dictadura militar el arsenal doctrinario y la excusa para estatizar la prensa en nombre de una supuesta mayor libertad de prensa.

Pensemos, sin necesidad de hablar del Perú que es un caso, como ya dije, un poco **sui generis**, que en Francia, donde comenzó este movimiento en favor de la participación de los periodistas en la orientación de los medios y donde hay un ejemplo tan admirable como es el diario **Le Monde** hay sin embargo y perdura y por lo visto perdurará todavía mucho tiempo, un área donde ese movimiento no ha hecho ningún progreso y es el área de la radio y la televisión, y esto no por casualidad, sino porque en Francia la radio y la TV están en manos del Estado.

SUSCRIBASE A



LA REVISTA DEL

CENTRO GUMILLA

Av. Cristóbal Rojas 16 — Santa Mónica
Ap. 40.225 — Tls. 661.28.40 y 661.95.15
CARACAS 1040-A — VENEZUELA.